

«DIARIO DE UN ESCÉPTICO»: LAS CRÓNICAS PARLAMENTARIAS DE JULIO CAMBA

Almudena REVILLA GUIJARRO

Becaria en la Real Academia Española

Julio Camba, paradigma español de periodista-literato de las primeras décadas del siglo XX, obtuvo en aquellos años un merecido reconocimiento por parte del público en general y por lectores excepcionales como Benito Pérez Galdós, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Manuel Aznar, que le situaban en las primeras filas de la popularidad. Sin embargo, desde hace tiempo su figura ocupa un segundo plano al haber quedado oscurecida por la de otros autores que consiguieron combinar con éxito su carrera en la prensa y en el mundo literario, cosa que no logró el escritor gallego, relegado a las páginas de un periódico, convertido en autor de lo efímero. Camba consiguió que la crónica alcanzara un carácter propio, ya fuera como corresponsal o como mero observador de la sociedad española. Martín Vivaldi (1981: 148) le considera un ejemplo casi inimitable:

Tenemos un ejemplo en España aún no superado: las crónicas que desde los más diversos lugares del mundo escribió Julio Camba; tan magistrales son que no han pasado de actualidad.

Crónicas sociales, de guerra, locales, literarias, viajeras salieron de la pluma del pontevedrés, que logró infundirles su estilo al utilizar el instrumento idóneo del humor con el que interpretar y valorar lo comentado. El periodista fue uno de los creadores de la nueva ironía que

se imponía con el cambio de siglo y que caracterizó a los hombres de su generación:

El hombre del presente desconfía de la razón y la juzga a través de la espontaneidad. No niega la razón, pero reprime y burla sus pretensiones de soberanía (Ortega y Gasset, 1957-58: 178).

Por tanto, aunque dentro del periódico todavía se mantienen con claridad los géneros periodísticos, en Camba parecen difusos los límites entre ellos. Como apuntaba Francisco Umbral “quien se permite las hibridaciones es la firma, porque el periodista de firma puede hacer lo que le dé la gana” (Bernal y Chillón, 1985: 207). Así, en algunos de los escritos del periodista, se advierte una dualidad: la que existía entre las crónicas que enviaba como corresponsal, en las que cuenta, y los artículos, en los que tanto dice. El artículo, «género vinculado a la modernidad y al fenómeno de la prensa» (García Berrio y Huerta Calvo, 1992: 226), entra de lleno en la literatura de ideas e importa de forma primordial el sello personal del autor. El carácter comunicativo de sus escritos permite el establecimiento de un diálogo con el lector. Su intención es conseguir la complicidad de aquél que lee sus escritos, que el receptor participe del texto. Ortega y Gasset (1969: 19) señala el tipo de lector que a todo escritor interesa:

El escritor, para condensar su esfuerzo, necesita de un público, como el licor de la copa en que se vierte. [...] Lectores meditabundos que se complazcan en perseguir la fisonomía de los objetos en toda su delicada, compleja estructura. Lectores sin prisa advertidos de que toda opinión justa es larga de expresar. Lectores que al leer repiensen por sí mismos los temas sobre que han leído. Lectores que no exijan ser convencidos, pero a la vez se hallen dispuestos a renacer en toda hora de un credo habitual a un credo insólito.

El autor gallego sabía arrancar de un hecho cualquiera, de acontecimientos triviales, asuntos importantes en emoción y en pensamiento. Camba no ofrecía en sus textos investigaciones rigurosas sino disertaciones amenas en las que abordaba cualquier situación. La gran

noticia no ocupaba sus líneas, sino lo cotidiano, la crónica de la vida diaria denominada por otros autores como folletín:

La acción convincente y demostrativa del folletín –dice Dovi-fat– surge cuando se saben ver los aspectos cotidianos de las cosas con animación y claridad, cuando se entiende su lenguaje y se despierta lo que duerme en sus entrañas hasta convertirlo en tipo, espejo y símbolo (Martín Vivaldi, 1981: 348).

Julio Camba cultivaba el estilo ameno, que requería especiales dotes: ser periodista, filósofo, si se terciara, poeta y, por supuesto, humorista. Ejemplos del humor y del análisis certero del autor se pueden hallar en las crónicas parlamentarias, publicadas en 1907 en el diario *España Nueva*. Este rotativo, fundado y dirigido por Rodrigo Soriano –diputado republicano–, se convirtió en el periódico lerrouxista de la capital, en el portavoz del movimiento regeneracionista. De ahí su nombre, *España Nueva*, la España rebelde contra la sumisa, la España que buscaba realidades en las reformas políticas, educativas, sociales. Camba, que procedía del movimiento anarquista, pasa a consolidarse como cronista en este periódico. Con su particular visión sobre los sucesos que acontecían en la Cámara Baja, el periodista se convirtió en un precursor de las crónicas parlamentarias, subgénero al que también se habían dedicado Azorín –quien abandonaría su posición de comentarista para pasar a la actividad política– y, posteriormente, Wenceslao Fernández-Flórez, quien alcanzó una notoria popularidad con este tipo de escritos periodísticos.

1. «DIARIO DE UN ESCÉPTICO»: LAS CRÓNICAS PARLAMENTARIAS.

A partir del día 13 de mayo de 1907 empezó a desmitificar el autor las contiendas parlamentarias. El lector lograba ver con más claridad el acontecimiento que se discutía en el Congreso a través de la crónica breve. El público se mostraba curioso y más receptivo ante la descripción del comportamiento, la acción oratoria y las manías de los líderes políticos.

Bajo el epígrafe de «Diario de un escéptico» recogía las impresiones del hemiciclo. El ambiente que *dibujaba* el autor era el del día a día. Julio

Camba pasaba las tardes en las sesiones parlamentarias recopilando las informaciones, las opiniones de los que allí se encontraban, para después realizar una labor de síntesis y hacer su comentario. Crónicas con un estilo desenfadado pero que, no por ello, dejaban a un lado los hechos y los posibles datos que se pudieran aportar.

En las crónicas parlamentarias adoptaba la perspectiva de un ciudadano más que contemplaba las sesiones como otro fenómeno social. El periodista observaba los hechos, los personajes y los aspectos a veces inusuales, y recreaba para el lector el mundo que rodeaba a la política. El escepticismo le permitía conservar la independencia de pensamiento para ser un buen observador político.

1.1. Asuntos de las crónicas parlamentarias.

1.1.1. El poder ejecutivo.

Julio Camba virtió en un conjunto de escritos sus críticas hacia el presidente y hacia los miembros del gobierno –«Las fantasías del señor de La Cierva» (20-V-1907, 3), «Un orador sagrado» (15-VI-1907, 2), «Maura» (21-VI-1907, 2)...–. El periodista halló pronto dentro de ese escenario los políticos que se convirtieron en protagonistas de sus crónicas. Así, observa la personalidad del presidente del gobierno en «Maura» (21-VI-1907, 2) y comenta cómo conserva una serie de rasgos temperamentales que le sitúan en una órbita distante:

Tiene un gran espíritu de orden, una gran posesión de sí mismo, un gran conocimiento de la psicología de su arte, y sabe los trámites que debe recorrer la pasión antes de manifestarse claramente.

El autor consideraba a Antonio Maura y Montaner un orador elocuente y no ocultaba las cualidades de sus discursos, pero no le admiraba. No ocurría lo mismo en el caso de otros comentaristas políticos de su tiempo como Azorín que, en el artículo «Dos hombres», publicado en *ABC* el 1 de junio de 1907, expresaba su estima hacia el político mallorquín. Los hombres del gobierno –La Cierva, Figueroa, Osuna...– eran el centro de las críticas tanto por la política que llevaban a cabo como por la hipocresía que parecía

caracterizarles, como no deja de anotar el autor en «Los maceros» (18-V-1907, 3):

Hubo un momento en que el Sr. Dato, señalando con su mano los escaños que en anteriores legislaturas ocupaban los liberales, hizo un párrafo conservador y sentimental. «Yo espero –decía el Sr. Dato con voz trémula– que los liberales tornen pronto á esos bancos, y creo que así lo esperamos todos.» Los señores Maura, Figueroa, Osuna y La Cierva, que estaban en un banco azul, inclinaron sus cabezas, y, por un instante, las mantuvieron dobladas sobre el pecho, en una actitud de resignación y melancolía.

Tampoco se libraba de la mirada irónica Eduardo Dato, presidente de las Cortes, que, según las palabras del periodista en «El presidente interino» (14-V-1907, 3), tenía un cargo ingrato y odioso, puesto que «el más simpático que ocupe este puesto será aquel que no ejerza nunca».

1.1.2. El sistema político.

Las crónicas donde Camba criticaba al sistema y a la política en general, como «El voto de los muertos» (25-V-1907, 3), «El sufragio universal» (23-V-1907, 3) o «Paleología rudimentaria del perfecto ministerial» (27-V-1907, 3), se caracterizaban por la vehemencia pero también por la independencia de juicio y una notable capacidad crítica. El autor intentaba ir hasta la raíz de las preocupaciones y ponerla de manifiesto, como ocurría con el turbio sistema electoral y la compra de votos. En «El acta de Bilbao» (22-V-1907, 2) llegó a escribir con sarcasmo que «los que se dedican a vender su voto, ejercen una industria como cualquier otra, y esta industria debe ser protegida por los candidatos». El análisis del sistema político le llevaba a denunciar los mismos males y las mismas corrupciones. Defectos y debilidades que se reproducían año tras año dentro del régimen, como la ausencia de elecciones honradas. Se puede leer en «El voto de los muertos» (25-V-1907, 3) la opinión llena de ironía de Camba sobre la corrupción de los partidos, que recurrían a cualquier procedimiento para que sus miembros salieran elegidos, incluso la falsificación de los votos:

Los que votan con una perfecta independencia son, precisamente, los muertos. A los muertos no se les puede emborrachar, ni se les

puede comprar el voto por cinco duros; los muertos no necesitan caminos, puentes ni fábricas. Yo le aseguro á usted que si en las actas de los ministeriales hay algunos votos verdaderos y dignos de respeto, son los votos de los muertos. Los muertos están desligados de todo mezquino interés terrenal; no van á granjear con su voto, no van á cambiarlo por ningún beneficio inmediato, y, cuando lo depositan en la urna, lo hacen movidos por un puro ideal político que se alberga en el fondo de sus calaveras.

El caciquismo era en aquellas fechas una asignatura pendiente de la política española. Numerosas zonas del país, entre ellas su Galicia natal, continuaban bajo la influencia de los caciques. Este hecho arrebatava a las elecciones la posible significación política que pudieran tener y hacían más inexpugnables los feudos. Los distritos eran distribuidos por los jefes de los clanes políticos entre su clientela, olvidando los problemas de cada circunscripción. Camba dejó al descubierto la *sensibilidad* de los diputados, muy bien escondida, que no mantenían ningún vínculo con los territorios a los que representaban en «Las fantasías del Sr. La Cierva» (20-V-1907, 3):

El Sr. La Cierva es un cacique y, aparentemente, el cacique es un organismo refractario á la poesía. Sin embargo, el Sr. García Alix, que también es cacique, ha compuesto, allá en sus mocedades, un sonoro drama en verso, destinado á ensalzar las excelencias de la virtud. «En el pecho de cada notario –decía Gustavo Flaubert– existen las ruinas de un poeta lírico.» Acaso estas mismas ruinas existan también en el pecho de cada ministro de la Gobernación y de cada magno organizador de elecciones.

Por tanto, el escritor presentaba al régimen parlamentario como un juego de conveniencias. Describía satíricamente las largas sesiones parlamentarias, donde los proyectos se discutían sin llegar a ningún fin por la falta de eficacia del Parlamento. La demostración de la trivialidad de la política en la vida del país quedaba patente en sus crónicas, que reflejaban la escasa sincronización entre la actividad parlamentaria y los acontecimientos de la calle.

1.1.3. El poder legislativo.

A través de la lectura de las crónicas descriptivas de los distintos grupos parlamentarios y de los diputados que los integraban como «Discurso de Salmerón» (19-VI-1907, 3), «El discurso de Canalejas» (20-VI-1907, 2), «El presidente interino» (14-V-1907, 3), se puede conocer la personalidad de los políticos de aquellas fechas. Julio Camba analizó con detalle en estos escritos los discursos de Sus Señorías. En ellos comentaba la solemnidad en el tono de algunos de los discursos, como los de Maura, a los que comparaba con una ceremonia litúrgica, o los más trágicos, como los de los diputados Piniés y Salaberry en «Elegía de una oratoria tranquila» (24-V-1907, 3):

¿Por qué gritaba tanto esta tarde el señor Salaberry? ¿Por qué ponía en su discurso aquel tono trágico, aquellas pausas solemnes, aquellas actitudes heroicas? El Sr. Salaberry, como su compañero de minoría, el Sr. Piniés, es un orador violento, exaltado e impulsivo.

De ninguna forma eran de su agrado este tipo de discursos y aún menos los oradores que de ellos hacían gala. El periodista explicaba los motivos, muy relacionados con su filosofía de vida, en la crónica citada anteriormente:

No tienen nunca una sonrisa ni una ironía; no están jamás á tono con el ambiente que los rodea, y sus mayores indignaciones son acogidas siempre con una íntima y piadosa hilaridad.

Camba aplicaba en las descripciones la fórmula de la asociación histórica, «parece un patricio romano», o en el caso del diputado Jaume Carner, del *Centre nacionalista republicà*, al que comparaba con «un gran tribuno»¹ y las palabras de García Alix de las que decía eran como un «monolito egipcio». Expresaba sus preferencias por la elocuencia directa y sobria de los políticos de Solidaritat Catalana, abanderados de la descentralización estatal, hacia los que mantiene una elogiosa actitud y una decidida posición de apoyo. Así, de las palabras de Nicolás Salmerón comentaba el periodista gallego en «Soriano y La Cierva» (19-VI-1907, 2):

¹ Camba, J. «El discurso de Dato. Diario de un escéptico». *España Nueva*, 3 de junio de 1907, 2 (lunes).

Tengo el derecho de admirarlas por su valentía y por su franqueza: dos cosas que se dan raramente en ese lugar de mentiras y convencionalismos llamado el Congreso.

Además, admiraba al movimiento solidario por querer conservar algunos de los sueños, como señalaba en «El discurso de Dato» (3-VI-1907, 2), lo que les alejaba de La Cierva, que simbolizaba el orden, la autoridad y la represión constante de todo atisbo de libertad. El mundo de la política se convierte en un magnífico cajón de sastre donde se pueden encontrar políticos más escépticos que Camba o a personajes como Maura al que en «Las actas de Madrid» (1-VI-1907, 2) definía como «el dios del Congreso. No se cree en él, pero jamás se infringe su divinidad». La vida parlamentaria resultaba emocionante desde fuera para una serie de españoles más o menos cultivados. El poder siempre ejerce una gran fascinación, como lo demostraba Julio Camba al hablar de los ex diputados en «La tribuna de los románticos» (21-V-1907, 3):

Es una figura histórica y venerable que, alguna vez, puso sus manos en la complicada maquinaria de la gobernación del país, y que tuvo sus horas de gloria, de ambición y de triunfo.

El autor gallego poseía una gran habilidad para retratar de un trazo breve al político y a otros muchos personajes, no sólo diputados, que llamaban la atención del cronista, como los maceros. Ellos parecían estar al margen de la elocuencia arrebatada de los oradores o del ambiente caldeado de la Cámara manteniendo su indiferencia, «graves, silenciosos é inmóviles».

1.2. Los recursos estilísticos.

Los recursos empleados por el cronista tenían por objeto la consecución de una mejor comunicación con el público, por tanto, buscaba aquellos elementos que pudieran procurar este fin y que permitieran considerar literatura cualquiera de sus escritos.²

² Julio Camba aportaba una divertida definición de lo que consideraba literatura. Aparece en el *Diccionario Humorístico* de Luis Marsillach y es la siguiente: «La literatura no es, como creen muchos, una cosa tan grande y tan bella como el mar o como el cielo; a lo menos, la literatura que hace todo el mundo. Es una mala manera de ganarse la vida, y nada más. Irse al mar o a la montaña, a un lago o a un bosque,

a) Comparaciones y metáforas. Para demostrar, para ilustrar con claridad al lector sobre aquello que el escritor desea transmitir, para acercarle la idea por medio de la fuerza de lo concreto y de lo que le puede resultar más familiar. En «La causa de la bomba. Mateo Morral» (1-VI-1907, 1), Camba recurría a la comparación para facilitar la descripción del rostro, ya sin vida, de Morral, autor del atentado contra Alfonso XIII el día de su boda³:

Yo había conocido á Morral con una barba larga y cuidada, y allí estaba como si no se hubiese afeitado en quince días. Me acerqué y contemplé detenidamente el rostro. Los ojos muy abiertos y como soñando, y en los labios la sonrisa de siempre, pero mucho más acentuada.

De una forma rápida realizaba varias comparaciones en «Discusión de actas» (28-V-1907, 3); una entre diputados y literatos, y otra entre un político y la imagen que quería dar de él de fortaleza a través de la relación con un roble: «El Sr. Acacio, firme como un roble, escuchaba las elocuentes palabras del Sr. Salvatella». A la vez juega con las palabras: Acacio-Roble. La comparación la utilizaba con un sentido irónico en «Las actas de Madrid» (1-VI-1907, 3) al hablar del discurso de García Alix. En este párrafo también se comprueba el lenguaje metafórico con el que se expresaba el periodista:

escoger cuidadosamente cielos azules y crepúsculos áureos para luego sacar de todo ello tres cuartos de columna del cuerpo nueve...» (Marsillach, 1945: 129).

³ En junio de 1907, tiene lugar el proceso por el que fueron juzgados Francisco Ferrer y José Nakens, entre otros, por la supuesta complicidad con Mateo Morral, quien se había suicidado al ser detenido por la policía. Las autoridades trataron de buscar nuevas implicaciones y relaciones con una trama anarquista. Dentro de los numerosos testigos que fueron llamados a declarar a la vista oral se encontraba Julio Camba. El periodista no compareció en el juicio; sí se leyó su declaración sumarial en la tercera sesión de la vista. Aparecía recogida en *España Nueva* el miércoles 5 de junio de 1907, en la segunda página. Es la siguiente: «En dicha diligencia manifestó el testigo citado que profesaba ideas anarquistas, habiendo sido procesado por delitos de imprenta. También manifestó que, siendo director de *El Rebelde*, recibió en la redacción, en la calle de Fomento, hace dos años, á Mateo Morral, que le expuso proyectos de viajes comerciales. Examinó el cadáver del anarquista en el Hospital del Buen Suceso, reconociendo á su visitante. Declaró Camba á continuación varios extremos acerca de sus relaciones periódísticas con Francisco Ferrer y con el autor del atentado en las que también intervino Antonio Apolo, amigo de Julio Camba».

El Sr. García Alix ha dejado á los dioses el cuidado de calmar la tempestad levantada en la Cámara, y ha comenzado á hablar con una voz reposada, con un ademán suave y con un gesto sonriente, como un orador de juegos florales.

Uno de los títulos de las crónicas parlamentarias resulta metafórico: «la tribuna de los románticos», referida a la tribuna de los ex diputados. Estos políticos, que han dejado de estar en activo, viven de los recuerdos de las tardes gloriosas, tardes pasadas que siempre serán mejores que las que han de venir. Camba utilizaba también lo que se ha dado en llamar asociación histórica: «Parece un patricio romano», o «un gran tribuno».

b) Las anécdotas destacan en «Sociología sentimental» (1-V-1907, 2), donde comentaba una tertulia de café de la que salió la propuesta de idear una letra para la Internacional. Era un encuentro de amigos entre los que se hallaba como promotor Pío Baroja:

Hace unos meses, Pío Baroja convocó en el café Oriental a media docena de amigos para comunicarnos un proyecto que no llegó a realizarse, pero que merece ser contado. Se trata de abrir un concurso para ponerle letra española al himno de la Internacional. Cada uno de nosotros contribuiría a la formación del precio con el importe de un artículo.

Lo anecdótico versaba sobre sucesos o acontecimientos vividos por el periodista o capítulos más imaginativos como el que presentaba en «El voto de los muertos» (25-V-1907, 3) a través del dialogismo, la ficción de un diálogo mediante un discurso de preguntas y respuestas:

- *¿Usted cree que los muertos tienen derecho á votar?*
- *Indudablemente –le contesté–; y si hay algo sagrado en materia electoral, es el voto de los muertos. [...]*
- *Sin embargo, la voluntad de un muerto...*
- *No hay nada más respetable que la voluntad de un muerto. Usted odia á los muertos por sectarismo político. Los muertos suelen ser ministeriales, y usted es un demagogo. [...]*
- *Pues á mí me parece que el voto de los muertos es una falsedad electoral.*

–No lo crea usted. Los que votan con una perfecta independencia son, precisamente, los muertos. [...]

– ¿De modo que usted cree que los muertos tienen derecho á votar?

– Sí, señor. Yo soy un escéptico; pero yo creo que los muertos tienen derecho á votar...

Estas escenificaciones, que posibilitaban la aparición de otros personajes y pequeños diálogos, permitían colaborar eficazmente con la amenidad.

c) Las citas, pródigas en estas crónicas, remiten a Roberto Castrovido, Caron de Beaumarchais, Mijail A. Bakunin... Julio Camba admitía la presencia de las fuentes, producto de sus lecturas, y la utilización de frases, párrafos y expresiones de otros autores, como la que utiliza en «Las fantasías del Sr. La Cierva» (20-V-1907, 3):

En el pecho de cada notario –decía Gustavo Flaubert– existen las ruinas de un poeta lírico. Acaso estas mismas ruinas existan también en el pecho de cada ministro de la Gobernación y de cada magno organizador de elecciones.

También reflejaba doctrinas y teorías, pero si bien se servía de citas y de autores para la exposición en sus crónicas, influía mucho más su formación autodidacta, ofrece su visión de la realidad.

d) La interrogación se utilizó con distintos propósitos en «Las fantasías del señor de La Cierva» (20-V-1907, 3): para interpelar al lector de una manera retórica y para infundir una mayor viveza al ritmo general de la crónica:

*¿Qué pensaba, pues, esta tarde el señor La Cierva desde el banco azul? ¿En alas de qué bella ilusión mariposeaba su espíritu? [...]
¿Qué luz era aquella que brillaba de pronto en la pupila solemne del señor ministro? ¿Qué recuerdos se habían despertado en su memoria de evocación del nombre del conde y de la provincia de Guadalajara?*

En el caso de «El voto de los muertos» (25-V-1907, 3), la pregunta estaba cargada de ironía:

¿Qué sería de los muertos, condenados á reclusión perpetua en sus nichos y en sus fosas, si no hubiera en el Congreso diputados identificados con sus intereses?

En «Un documento importante» (14-VI-1907, 2), Camba expresaba su malestar ante lo que consideraba denunciabile e incomprendible. Interpelaba a sus lectores y a quien le quisiera escuchar sobre ciertas actitudes que le despertaban indignación:

Las puertas estaban abiertas; la conversación era pública. Y, en este segundo caso, ¿cómo se explica que Soriano le propusiera pactos indignos al Sr. Pérez Mozo? ¿Es que los pactos indignos se proponen ante testigos tan respetables como los que oyeron hablar á Soriano en el despacho del gobernador de Valencia?

e) Malabarismos de palabras, de ideas, procedimientos para la consecución de la amenidad y el humor. La política resulta ser un mero juego de proposiciones de ideas insensatas y divertidas como el autor gallego demostraba en «El sufragio universal»(23-V-1907, 3):

Ya se sabe que no son los electores quienes eligen los candidatos, sino los candidatos quienes eligen a los electores. Después de todo, acaso deba ser así, puesto que no son los electores quienes necesitan á los candidatos, sino al contrario: los candidatos necesitan á los electores para ser diputados.

1.3. El lenguaje y el humor.

Julio Camba pareció encontrar en las crónicas parlamentarias el camino para dar cabida a su agudo sentido del humor. En sus escritos, glosas rápidas y directas de la vida parlamentaria española, utilizaba los recursos humorísticos para moralizar y ofrecer un punto de vista irónico y satírico de la realidad que deseaba comunicar. Los textos, libres de posibles prejuicios, rezuman ironía y humor, pero sin olvidar acaso la denuncia, presentando los

discursos parlamentarios como pura palabrería. Un ejemplo de esto se halla en «Una sesión tranquila» (16-V-1907, 3):

Los diputados deben hablar siempre, sin motivo y sin finalidad; deben hablar por hablar, así como cantan los pájaros y como hacen los versos de los poetas.

En estas crónicas se aprecian aspectos cómicos que sugieren un trato frívolo y desembarazado de un tema serio como debiera ser la política. Puede entenderse como la desvalorización de la misma desde la presentación del edificio —«El Congreso» (13-V-1907, 1)— donde se desarrolla la vida parlamentaria. El periodista creía que era imposible que ante tan mala arquitectura dentro se pudiera «hacer ninguna cosa buena». Continuaba con quienes ocupaban los escaños en el interior de la Cámara Baja a los que definía como sofistas, ergotistas y retóricos, «que se entretienen en hacer silogismos y en chupar caramelos». El escritor gallego contemplaba el hemiciclo, escenario estrecho, desde la tribuna de prensa, donde descubría los detalles más insignificantes de la vida parlamentaria. Lo fugaz, lo momentáneo..., los gestos efímeros tenían cabida en sus crónicas. Las cabezas inclinadas sobre los brazos; el ambiente pesado, esplinético, de bochorno; el brillo inusitado de la mirada del señor La Cierva se convertían en protagonistas de los escritos. Las normas de sencillez y precisión rigen la literatura de Camba. Narraba los hechos de manera limpia, alejándose de superlativos que pudieran resultar inexpresivos, como en el caso de «Lectura de proyectos» (7-VI-1907, 3):

El Congreso, que en cuanto un orador hace tres frases o lanza tres gritos se llena de gente, estaba hoy en la soledad más espantosa. Este detalle puede sintetizar toda la psicología del sistema parlamentario...

El Parlamento era para el autor un espectáculo semejante a una corrida de toros, donde no siempre triunfaba quien llevaba la razón, sino el más audaz, ingenioso y retórico. La desvalorización cómica que se produce al leer las crónicas no es completamente frívola, no se queda en la superficie sino que manifiesta la postura escéptica del autor ante las actuaciones de los políticos. Un ejemplo claro son los posibles ministeriales, hombres de chaqué, que pueden llegar a ocupar un puesto en el gobierno —máxima

ambición de la casi totalidad de los diputados— si cumplen una serie de requisitos expuestos en «Paleología rudimentaria del perfecto ministerial» (27-V-1907, 3):

Ante todo, para ser un perfecto ministerial, es preciso tener alguna propiedad. La idea de propiedad y la idea de orden van siempre juntas, como la idea de amor y la idea de dinero. [...] El perfecto ministerial es, á la vez, un perfecto creyente. Cree en todo lo que ha existido, pero no cree en nada de lo que puede llegar a existir.

Julio Camba ofrecía crónicas en las que destacaban las imágenes y la peculiar psicología de los *padres de la patria*. No se limitaba a las apariencias y, aunque primaba en sus escritos el análisis, no abandonaba del todo los posibles recursos descriptivos que le eran válidos para la búsqueda de imágenes-símbolo, como la que se lee de los maceros, esfinges silenciosas, que representan «lo eterno y lo inmutable, en medio de lo frágil, de lo movedizo y de lo estérilmente ruidoso». Utilizaba una serie de recursos o trucos humorísticos⁴ como la presentación del absurdo como algo lógico, la exageración de algún hecho o comportamiento y la manera de fingir candor, cuando pretendía dar una interpretación crítica, como en «El voto de los muertos» (25-V-1907, 3):

Un muerto que se levanta de su tumba en el amanecer de un día de elecciones y que se dirige al colegio para inscribir su nombre en una papeleta, realiza un acto ejemplar y les da á todos los vivos una lección de civismo. Por otra parte, los muertos necesitan tener también una representación en las Cortes. [...] Yo me imagino la satisfacción que sentirán al acostarse, después de haber cumplido sus deberes de ciudadanos. El sufragio electoral ha obrado el milagro de la resurrección, y, hasta las próximas elecciones, no volverán a levantarse más. Su sueño, que es el sueño de los muertos, es, á la vez, el sueño de los justos.

El periodista pontevedrés hacía comentarios en apariencia ingenuos en los que, sin embargo, ponía en evidencia actos ridículos. Simulaba una actitud ingenua, de aceptación de una realidad absurda. Julio Camba llegó al

⁴ Vid. Marsillach (1945).

humorismo desde la inadaptación de un mundo que no le complacía. El descontento le indujo a tomar como método de su pensamiento escéptico al humor, un elemento indispensable, como se ha visto, al analizar sus crónicas parlamentarias, género esencial en su producción.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BERNAL, S. y CHILLÓN, LI. A. (1985). *Periodismo informativo de creación*. Barcelona: Mitre.
- CAMBA, J. (1907). «Diario de un escéptico». *España Nueva* (Madrid), 13 de mayo, 1; 14 de mayo, 3; 18 de mayo, 3; 20 de mayo, 3; 21 de mayo, 3; 23 de mayo, 3; 25 de mayo, 3; 24 de mayo, 3; 27 de mayo, 3; 28 de mayo, 3; 1 de junio, 1-3; 3 de junio, 2; 7 de junio, 3; 14 de junio, 2; 15 de junio, 2; 19 de junio, 3; 20 de junio, 2; 21 de junio, 2.
- GARCÍA BERRIO, A. y HUERTA CALVO, J. (1992). *Los géneros literarios, sistema e historia*. Madrid: Cátedra.
- MARSILLACH, L. (1945). *Diccionario humorístico*. Barcelona: José Jarnés.
- MARTÍN VIVALDI, G. (1981). *Géneros periodísticos: reportaje, crónica, artículo*. Madrid: Paraninfo, 3ª ed.
- ORTEGA y GASSET, J. (1957-58). *Obras completas*. Madrid: Revista de Occidente (Altamira), 4ª ed.
- (1969). *El espectador*. Barcelona: Salvat.